



# CRONICAS PENQUISTAS

083.8339

F954C

Bergio Ramón Fuentealba

Impresos Concepción Ltda.

1995



mayo 2018

Donación Ono Home Macak

Para su entrega, con el gran afecto de

Diego Jimi.

2/11/95.-

A mis amigos de



DIARIO "EL SUR" S.A.,  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN,  
CEMENTOS BIO BIO S.A.C.I. y  
Radio ALERTA.

983.8339

F954c

(AHC)



01026AHC



## DEL AUTOR A LOS LECTORES

Antes de iniciar estas crónicas, quiero dejar muy en claro que ellas no tienen la pretensión de constituirse en parte de la "biografía oficial" de esta ciudad, porque esa es tarea de los historiadores, grupo al que no pertenezco, aunque mucho admire el rigor científico de un Gonzalo Vial o la pasión de un Ricardo Donoso.

Careciendo de sus virtudes, no me siento ni remotamente "emparentado" con Jorge Inostroza, que contó -muy a su manera, por cierto- la Guerra del Pacífico, ganando popularidad y fortuna, porque los chilenos sentimos una inclinación natural hacia todo lo folletinesco. De ahí, el éxito de las teleseries.

Con lo anterior, pretendo haberle devuelto la tranquilidad a los espíritus de los lectores de estas crónicas. Como provengo del mundo del periodismo -en el que estoy metido desde mediado de los años 50, no he "echado" a volar las campanas de la imaginación", como se decía pretéritamente. Nada es ficción, aunque corro el riesgo que se



me suponga haber exagerado la realidad, y algunos me acusen después de "haberle puesto mucho" de mi propia cosecha.

Guardando las distancias, de don Francisco Encina dijeron otro tanto. Ricardo Donoso se dio a la tarea de probar que no pudo haber sido testigo de muchos episodios que cuenta en su Historia, porque sólo era un "niño de pecho" cuando ocurrieron. De don Arturo Alessandri, el mismo Donoso dijo que había "tergiversado" la Historia, cuando publicó su obra en dos tomos referida a ella. Bueno, pienso yo, son "deslices" que pasan hasta en las mejores familias, y los tres personajes que he nombrado pertenecen a la llamada "clase alta" chilena.

Lo mismo que el abogado Fernando Campos Harriett, historiador de Concepción, como también lo fue Augusto Vivaldi Cichero, aunque, lamentablemente no haya dejado obra escrita. O pudo haberlo sido Jorge Fuenzalida Pereyra, que publicó interesantes trabajos en la revista "Atenea". Y si de cronistas de la ciudad se trata, no puedo dejar de mencionar al doctor René Louvel Bert -que no era médico, sino odontólogo- y a Victor Solar Manzano, merecedor del Premio Nacional de Periodismo

y ex-Secretario de Redacción de "El Sur", diario del que ya soy un antiguo colaborador.

En las proximidades del Cuarto Centenario, apareció el "Libro de Oro de Concepción", de Carlos Oliver Schneider y Francisco Zapatta Silva, en el que, a mi juicio, lo único rescatable que contiene se debe al primero de sus autores. Con su fallecimiento, producido un año antes de esta publicación, dejó inconcluso un trabajo que su colaborador no pudo terminar.

Veinte años después, Carlos Freire -egresado de Leyes que se ha convertido en buenísimo cineasta en el exilio- escribió e ilustró unas amenísimas "Historias de Penco y la Mocha", que mucho dieron que hablar, y que mal podría olvidar entre las "biografías" de mi ciudad.

Y si de olvidos se trata, estas "Crónicas penquistas" están hechas de presencias y también de ausencias, y no tienen otra pretensión que evocar sólo algo de lo visto y oído por su autor. Aunque escritas en primera persona, creo que son parte de la "memoria colectiva" de los penquistas y he querido refrescarla, medio en serio y medio en broma. Nada más.

## UNA UNIVERSIDAD NUEVA

No hay coincidencia acerca de la fecha en que en la Universidad de Concepción se dictó la primera clase. Para unos, fue el 17 de marzo; para otros, el día subsiguiente, y no faltan quienes señalan el día 23. Sin embargo, el diario "El Sur" editorializó el 19 de marzo de 1919 sobre este acontecimiento, calificándolo del "más grande esfuerzo social que se ha realizado en esta región y una de las obras más importantes con que contamos en Chile. A pesar de la indiferencia de los poderes públicos, a pesar del espíritu rutinario que siempre se atribuyó a nuestra ciudad, la idea en que en un principio pareció ser únicamente la manifestación de un deseo o aspiración. Para cuya satisfacción era necesario que el gobierno prestara su concurso, fue tomando cuerpo y hoy la tenemos convertida en la más espléndida realidad".

Y proseguimos leyendo: "Así pues, nuestra Universidad ha surgido como uno de aquellos centros de educación y de investigación que existen en Estados Unidos y que representan los esfuerzos colectivos de



grupos numerosos de ciudadanos que se juntaron para atender a una necesidad común que las autoridades no habían advertido o no querían satisfacer".

Con respecto a esto último, y cuando nuestra Universidad -porque es patrimonio de todos- conmemoró el Cincuentenario de su fundación, el fallecido historiador Jorge Fuenzalida Pereyra, escribió en ese mismo diario que "esta crítica hacia la actitud remisa e inoperante del Estado es dura, pero justa y viril. No representa una actitud pasiva de petición; muestra una realización obtenida por una coordinada iniciativa regional. Exige de los supremos poderes del Estado que la complementará mediante una ley cuidadosamente estudiada y preparada por el comité en el cual se cifraban tantas esperanzas. Como ya se ha dicho -concluye Fuenzalida Pereyra-, tal proyecto nunca llegó a ser ley".

No obstante -y aprovechando un viaje de don Enrique Molina a Estados Unidos, porque él era partidario de continuar esperando la dictación del decreto que autorizaba el funcionamiento de la Universidad-, el vicepresidente del Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción,

que no era otro que el Dr. Virginio Gómez, decidió la iniciación de las clases en las escuelas de Farmacia, Dentística, Química Industrial y Educación, con un curso de inglés, solamente.

Para el señor Molina, éste "fue un gesto que no vacilo en calificar de heroico y temerario. Dificulto que universidad alguna haya nacido en cuna más humilde y desamparada. La opinión de Concepción estaba preparada para querer una universidad, pero no contaba con medios ni para empezar a mantenerla":

Pero, como bien recuerda el cronista José Ulloa, "con aportes de todos los sectores de la sociedad penquista, nació la Universidad de Concepción, la más alta expresión cultural y educacional de la región sur del país y hacia donde confluían varios siglos de historia educacional". Porque, como señalara el actual rector Augusto Parra, "esas raíces sellaron una unión indestructible entre universidad y comunidad. Aquella no nació del deseo de unos pocos, de una visión sesgada, para la difusión de un pensamiento oficial ni para el servicio de un grupo determinado, sino del encuentro de todos, de una común visión del progreso, de la legítima aspiración a hacer a

todos partícipes de sus beneficios. Encuentro y apertura, en ambiente fraterno, de libertad sin fronteras y de amplia tolerancia, pasan así a ser rasgos propios de la Universidad de Concepción desde los días en que fue un sueño, un compromiso, una aspiración; lo siguieron siendo cuando se convirtió en realidad y deberán continuar siéndolo por la compartida voluntad de cuidar la obra y ser fieles al espíritu de los fundadores".

En marzo de 1919, surgió en Concepción "una Universidad nueva y no una nueva Universidad", porque la nuestra fue la primera eminentemente regional. Concebida en el interior de las logias por el Dr. Virginio Gómez, han ocupado su rectoría masones tan ilustres como el Dr. Ignacio González, don David Stichkin, el Dr. Edgardo Enríquez, don Carlos von Plessing, y el actual, Augusto Parra, cuyo mandato concluirá al filo mismo del ya tan cercano Siglo XXI.



## LAS "CALLECITAS" DE MI CIUDAD

Concepción no es, ni remotamente, la ciudad de calles adoquinadas que recorrí en mi infancia, y por donde desvencijadas carretelas, tiradas por caballos, traían la fresca "leche de Hualpén-Peñuelas, mamita", como se anunciaba en las radios. o del fundo "Las Golondrinas", en cuyos lomajes surgió después Hualpencillo. Ah, y también el pan de Souyet o La Penquista.

Cerca de los paraderos de las micros rurales, en las inmediaciones del Mercado, un gordo muy popular, vestido de marinero, de pirata o lo que fuera- le hacía propaganda a una tienda de ropa de la calle Caupolicán. "El Coloso", vende barato, mamy", repetía una y cien veces diariamente, y nadie se explicaba por qué caminaba tanto, cuando era dueño de varios "cités", y vivía de sus rentas sin ningún sobresalto. Eso, por lo menos, aseguraba don Crispulo Gándara, que mucho lo conocía, aunque era sanamente mitómano.

En la tercera cuadra de la calle San Martín, un no menos conocido vecino, don

Daniel Vergara, instaló un laboratorio "casero" para producir el primer antiácido efervescente que salió a la venta en Concepción. Y debe haber sido bastante eficaz, porque todos los caballeros llevaban más de un sobrecito de "Limosina" en sus bolsillos.

Barros Arana siempre ha sido la calle del comercio, y así se llamó hasta que fue rebautizada. Muchas firmas importadoras sentaron allí sus reales, como Julio Plesch, Williamson Balfour, Gibs y Cía., Gildemeister, Gleisner, La Casa Chica, Gath y Cháves, Spano o Hucke, una confitería donde tomábamos onces después del "biógrafo" y que tuvo que cerrar cuando la pusieron en la "lista negra", en tiempos de la Guerra. Entonces, nos llevaban al "Astoria", un salón de té que estaba en el Portal Cruz, frente a la Plaza de Armas y cuyos dueños eran Fusch, Carrasco y don Sergio Chipine, muy cariñoso con los niños, al igual que la señora Sofía, su amabilísima esposa.

Barros Arana también era la calle de las grandes tiendas de moda, mueblerías y farmacias, como la Rádium, de los Sutter; Weasson o Saelzer. Y de los hoteles Cécil, Ritz o City, donde había servicios de comedores con orquestas, lo mismo que en el

Pujol o en el Nuria, y qué decir del Palet, que traía los mejores "números musicales" como se decía entonces.

O'Higgins siempre ha sido la calle de los Bancos, así como Anibal Pinto y Colo-Colo, las de los servicios públicos. En esa época, las lavanderías y tintorerías tenían sus feudos en Paicaví, entre Barros Arana y Freire. Esta última calle, significa para mí algo muy especial. Porque allí nací, justo el día en que Arturo Alessandri celebraba el segundo aniversario de su regreso a la casa donde tanto sufría, como llamaba a La Moneda. Nací en mi casa, a la antigua, y no en una clínica, como se acostumbró después. A media cuadra de "El Sur, la casa es ahora agencia del Club Hípico. Lo divertido, es que jamás he apostado ni apostaría un peso a las patas de los caballos.

En Barros, casi esquina Colo-Colo, estaba la Peluquería Spléndid, donde don Humberto Zurita le cortaba el pelo a toda la familia. Como conmigo tenía que armarse de toda su paciencia, me bautizó "El Mañocho" y,, nonagenario lúcido, el nombrecito aquél todavía me sirve de "santo y seña" cuando nos encontramos en un bus o en las callecitas de mi ciudad. Porque estábamos hablando de



ellas, y aquí termino, para irme a servir un pastel de crema donde "Sauré", un establecimiento ya centenario en Concepción.

## LOS ANTIGUOS "BIÓGRAFOS"

Cuando yo tenía seis años y me matricularon en el kindergarten "El Carmen", de las hermanas Arriagada, en Ongolmo entre O'Higgins y Barros Arana, en la ciudad sólo había tres "biógrafos", el "Central", el "Roxy" y el "Ideal". Mientras los dos primeros pasaron a denominarse "Concepción" y "Ducal", después del terremoto del 60, el "Ideal" terminó convirtiéndose en la Vega El Esfuerzo. Los tres cines de entonces, pertenecían en 1941 a la Empresa Brieva, Ajuria y Cía. Ltda.

Ignoro quién construyó el "Central" y el "Roxy" y no voy a aventurar nombres porque sería poco serio. Lo que para todos los penquistas está muy claro, sí, es que el "Ideal" fue obra del arquitecto Edmundo Enríquez del Pozo, y así lo testimonia una placa del sólido edificio de la calle Rengo. Don Edmundo, entre otras cosas, fue uno de los fundadores del Partido de Eugenio Matte, Marmaduke Grove y Oscar Schnacke, o sea, el Socialista, y alto dignatario masónico. Con el triunfo del Frente Popular, se transformó en importante funcionario del Ministerio de Obras Públicas y

vivió en Santiago hasta su jubilación. Después, regresó a Concepción.

Así como el "Central" se caracterizaba por exhibir cintas de la Universal y de Artistas Unidos, y el "Ideal", por películas mexicanas, el céntrico "Roxy" estrenaba filmes argentinos - Mirtha Legrand, Roberto Escalada, Amelia Bence, Pedro López Lagar, Delia Garcés y Hugo del Carril, entre otras estrellas - y norteamericanas, de las compañías Warner y Paramount, especialmente. ¡Ah! y también de la Columbia Pictures, como "Gilda", que fue todo un suceso, y que "catapultó" a la fama a Rita Hayworth y a Glenn Ford. Claro que su mayor éxito de público debe haberlo constituido "Casablanca", producida por la Warner e interpretada por Humphrey Bogart, Ingrid Bergman, Paul Henreid, Claude Rains y varios más. Ya perdimos la cuenta de las veces que hemos visto esta película, que no pretendió ser lo que realmente fue y sigue siendo hasta hoy para los aficionados al cine. Aunque haya pasado más de medio siglo de su estreno, "Casablanca" continúa inaugurando festivales internacionales de cine.

En el mismo "Roxy" se "dieron", como se decía antes, las primeras películas inglesas posteriores al conflicto bélico que terminó en



1945. Comenzando, desde luego, por "El séptimo velo", con James Mason y Ann Todd, que produjera la Organización Jean Arthur Rank. Pese a su primer nombre femenino, Mr. Rank era un serio caballero, al que la reina confirió después el nobiliario título de "Sir" del Imperio británico, lo mismo que a Laurence Olivier, protagonista del "Hamlet" de esa misma compañía.

En los años 40, se inauguraron la Sala "Cervantes", de Sanhueza y Soterías Ltda.; el "Explanade", en la cuadra 13 de Barros Arana, y el "Windsor", en la esquina de San Martín y Caupolicán. Estos dos últimos "biógrafos", eran propiedad del Dr. Juan Akel, que se ganó dos veces el "gordo" de la Lotería y que fue médico de la Presidencia, en el segundo gobierno del General Ibáñez. Si la memoria todavía no me falla, el "Windsor" abrió sus puertas con "Que el cielo la juzgue", interpretada por Gene Tierney, una gringuita de ojos orientales, y producida por la 20th Century Fox, la misma compañía de "Tiburones de acero" y "Sangre y Arena", dos películas a las que Tyrone Power, padre de Romina, debió mucho de su popularidad y que se exhibieron "a tablero vuelto" en el flamante Cine "Explanade". Cuando decayó el interés de la gente por las películas de guerra, el Dr. Akel -

que tenían tan buen ojo clínico como comercial- programó cuanta película llegara a Concepción de Sara García y Emilio Tuero, como "Mis Hijos", o la "remake" en technicolor de "Allá en el rancho grande", con Jorge Negrete y Gloria Marín, encabezando el reparto. Con los años, serían marido y mujer en breve matrimonio, porque la cirrosis hepática acabó violentamente con la exitosa carrera musical y cinematográfica del ídolo azteca.

Un artista "hecho y derecho", en realidad, como tantos de esos que viéramos desfilar en las pantallas de esos "biógrafos", cuando vestíamos "pantalón cortito", como Leonardo Favio, y comprábamos lápices y cuadernos en las librerías "Sarmiento" o "Universo", a pocos metros de la Plaza.

## LOS "SEÑORES POLÍTICOS"

Si en tiempos pretéritos el "Topaze" de Jorge Délano se agotaba todos los viernes, no sólo era por las estupendas caricaturas de "Coke", su doble, sino porque los "señores políticos" eran tan ingeniosos como preparados para ser dirigentes o parlamentarios de sus respectivas colectividades.

Cuando el León de Tarapacá fue candidato a la Presidencia en 1920, un grupo de damas, partidarias de su contendor Luis Barros Borgoño, lo esperó a la salida de su casa para gritarle "abajo Alessandri, abajo Alessandri". Sin inmutarse, don Arturo se dio vuelta y les dijo muy cortesmente: "Por mí no se preocupen, señoras, me da lo mismo arriba que abajo".

Y éste es un botón de muestra, nada más, de lo que digo. Así, uno puede entender por qué gente como don Arturo o el General Ibañez -honorabilísimo como militar y político- llegaron dos veces a la Presidencia de la República. Personalidades como ellos,



lucieron "genio y figura" en La Moneda y en la calle.

Entre 1933 -año en que volvió la normalidad constitucional, eligiendo y no designando un Congreso, como lo fue el Ternal- y 1973, año en que se clausuró el Parlamento, Concepción tuvo representantes en la Cámara y en el Senado que bien pudieron ocupar el mismo cargo que los señores Alessandri e Ibáñez, con sobrados méritos. Como los tuvieron los ex-Presidentes Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos, que fueron senadores por Ñuble, Concepción y Arauco, en otras décadas, y eso fue determinante, sin duda, para convertir esta zona en el poderoso centro industrial que es actualmente.

Otros políticos hubo que tuvieron que contentarse con un sillón parlamentario, como Eliecer Mejías Concha o Rolando Merino Reyes, que tenían ambiciones presidenciales. José Francisco Urrejola y Fernando Aldunate Errázuriz fueron embajadores después de abandonar la Cámara Alta, mientras Humberto Aguirre Doolan, Enrique Curti Cannobio, Julio Martínez Montt y Gustavo Rivera Baeza, no tuvieron otras pretensiones que mantenerse allí, al revés de Fernando Maira Castellón, que

ascendió a senador en una elección complementaria en 1951, concluyó el período y dejó la política. Algo que, sorpresivamente, hizo en 1969 ese gran hombre público penquista que fuera Humberto Enríquez Frödden, cuando todos pensaban que podía ser un "presidenciable" con muchas probabilidades de llegar a La Moneda.

Uno que se conformó con entrar allí sólo como visitante fue Natalio Berman Berman, dos veces diputado por Concepción, y a quien apodaban "Patalio", no por supierna ortopédica, precisamente. "Topaze" nunca aclaró el por qué de su sobrenombre.

## EL FIN DE LA GUERRA EN CONCEPCIÓN

Cuando todo el mundo está conmemorando el término de la segunda guerra, ocurrido hace medio siglo, oportuno me parece traer a cuento cómo este acontecimiento fue celebrado en el Concepción de ese tiempo, absolutamente distinto al de ahora. Y lo digo, no sólo porque el centro de la ciudad se reducía a muy pocas calles, sino porque toda la gente se conocía y saludaba, aunque no hubiera sido presentado. En estos días que corren, es muy frecuente cruzarse con penquistas de apenas veinticinco años de antigüedad, que no tienen ni la mas remota idea de quien ha sido tal o cual persona local.

En 1945, yo cursaba quinto preparatoria en los Sagrados Corazones, donde varios religiosos como Teodoro Post, Raul Cohen o Francisco de Asis Bussón, habían nacido o tenían familiares muy cercanos en países que habían sido ocupados por los nazi. Corrían lagrimas por es rostro de "La Pancha", como llamábamos cariñosamente a este ultimo, cuando irrumpió en la sala a darnos la noticia. Pocos meses despues, lo



despidió todo el alumnado cuando viajó a Francia a visitar a sus padres. Fue la primera vez que vimos a un sacerdote sin sotana, lo que no dejó de provocarnos curiosidad, por supuesto.

Como era natural, las colonias extranjeras residentes festejaron el hecho en los más elegantes locales de la época, como el "Nuria", el "Palet" o "Pujol", cuyos originales propietarios eran, don Juan y don Jaime. El otro hermano, don José, se trasladó a Santiago, donde inauguró el no menos afamado restaurante, donde inauguró el no menos afamado restaurante "Escorial". A los discursos de los respectivos cónsules, prosiguieron los bailes hasta la madrugada. En la Plaza de Armas se reunieron al alba más de cien personas que endilgaron sus pasos hacia las "casas de cena", a reponer sus cuerpos con humeantes "valdivianos".

La llamada "sociedad penquista" de esos años, se congregó en el Club Concepción, donde -así lo oí y lo vuelvo a contar- ocurrieron algunas cosas que hicieron reír a los distinguidos concurrentes, y que dieron que hablar por mucho tiempo en alargadas sobremesas.

Uno de los participantes en esta velada, fue el notario público y de hacienda, don José Mateo Silva Gavilán, acaudalado caballero, a cuya soltería muchas damas de su tiempo quisieron poner término, aunque vanamente. Ese día, y para bien disponerse a una larga jornada nocturna, don Mateo durmió una siesta más prolongada que la habitual, tanto que, al despertar y mirar su reloj, se vistió apresuradamente y partió al club, que no distaba muchas cuadras de su casa. Sólo al sacar a bailar a una bella penquista, reparó, alarmado, que calzaba un zapato negro y otro café. Otros ya lo habían advertido, eso sí, y su distracción fue comentada muy jocosamente. Como era un hombre "de mucho mundo", como solía decirse, soportó estoicamente las bromas de sus amigos.

Y entre estos amigos, don Mateo contaba al juez Daniel Cerda -abuelo materno del ex-ministro Fernando Léniz- y al abogado Marco Antonio Enríquez, padre de dos ex-parlamentarios por esta provincia, doña Inés y don Humberto. Con ellos, a decir verdad, formaba un trío inseparable, que recorría la ciudad de "cabo a rabo", en el elegante automóvil del industrial panificador Pascual Rodríguez. Como era menor que todos ellos,

estos caballeros, que le apreciaban enormemente, le decían Pascualito.

Don Daniel se caracterizaba, si no por la ecuanimidad de sus fallos, por su voluminosa humanidad. Sobrepasaba, y no es exageración, los ciento veinte kilos. Que resaltaban bastante, por su más bien baja estatura. Al señor Cerda, el asunto no le preocupaba mayormente y siempre andaba buscando platos sabrosos para degustar con sus amigos.

En una ocasión llegó a su casa una nueva empleada y don Daniel le presuntó si sabía hacer empanadas fritas. Ante su respuesta afirmativa, le pidió que las hiciera el próximo domingo, pues tenía invitados unos amigos. Llegó ese día y la doméstica se esmeró en satisfacer el deseo de su patrón. Cuando llegó el momento de freír las empanadas, don Daniel se instaló a su lado, dándose a la tarea de probar una tras otra. Dicen que cuando ya se había comido setenta y dos empanadas, la cocinera se sacó el delantal y muy respetuosamente le dijo a este caballero: "Perdóneme, señor, pero yo estoy acostumbrada a servir en casas de gente y no de animales". Antes que el aludido balbuceara una respuesta, la decidida empleada abandonó



la casa. Y colorín colorado, este cuento ha terminado.

## LA "COPUCHENTA DE LA TARDE"

En febrero de 1949, y junto a "El Sur" y "La Patria- diarios fundados por elementos anticlericales y conservadores, respectivamente- los suplementeros vocearon "Crònica" como "la copuchenta de la tarde". La gente salía de sus trabajos a comprarla, porque podía llevarla a sus casas sin temores. Todo el mundo podría leerla. Había audacia en sus titulares, pero su contenido no se emparentaba, ni remotamente, con el "sensacionalismo" de "Las noticias gráficas", de Antonio Poupin, el diario santiaguino que circulaba entonces en las principales provincias y que privilegiaba en sus páginas los "hechos policiales", contados como para producir escalofríos en los lectores.

Claro que "Cronica" apareció en una época totalmente diferente a la de ahora. Todavía circulaban por Concepción los "azotados", con sus cocheros envueltos en negras mantas de castilla y con no menos gruesos sombreros de fieltro, y que tenían sus "paraderos" en O'Higgins con Colo Colo, o en la esquina de más abajo, como se decía. Y si

usted quería llegar más rápido a la Estación, le bastaba con pedir un auto de arriendo al 29 o al 68, que eran las líneas con vehículos más elegantes. A poco colgar el teléfono - porque "colgarlo" no era una metáfora- golpeaban a su puerta los amigos Castillo, Jerez o el "Cachete" Arriagada. Este último -fallecido hace ya varios años- le acertaba a su cliente el trayecto, hablándole de sus tiempos de futbolista amateur o de cuando había acompañado a "don Reca" a las minas de Lota.

Me acuerdo muy bien que "Crónica" apareció semanas antes de las elecciones parlamentarias de marzo de 1949, en las que resultó triunfadora la Concentración Nacional, formada por los partidos Conservador, Liberal, Democrático, Socialista de Chile y Radical, y que apoyaba al gobierno de Gabriel González Videla, miembro de esa última colectividad. En la oposición, estaban falangistas, agrario-laboristas, socialistas populares y los comunistas, puestos ya fuera de la ley. En esos comicios, la lista radical- encabezada por el ex-ministro de Educación, Humberto Enriquez Frodden, resultó ampliamente ganadora. Así las cosas, y gracias al "derrame" de la primera mayoría, volvieron a la Cámara, Eliecer Mejías Concha y Angel Evaristo Muñoz García. En el Senado, se mantuvo la misma



composición elegida en 1945, Fernando Aldunate Errázuriz, Gustavo Rivera Baeza, Alberto Moller Bordeau, Julio Martínez Montt y Salvador Ocampo Pastene, conservador, liberal, radical, democrático y comunista, respectivamente.

En esas elecciones, los liberales tuvieron una sorpresa mayúscula. Llevaron dos candidatos en su lista, el industrial Carlos Mahns Choupay- en Tomé hay una población con su nombre- y el abogado Esteban Iturra Pacheco, que aceptó ir sólo "por acompañar", porque él prefería la apacibilidad de su bufete, hacer clases en la Universidad y tocar el piano. Don Carlos- magnate textil de ese tiempo- hizo una millonaria campaña, pero, llegado el momento de los cómputos, resultó triunfador el señor Iturra, cosa que no esperaba ni él mismo.

De esas elecciones, y de cuanto pasaba en la ciudad, en el país y fuera de las fronteras, como dicen los siúuticos, el nuevo diario mantuvo perfectamente informado a los penquistas, hasta que dejó de aparecer al finalizar 1983. Personalmente, lo sentí más que sus lectores, porque era uno de sus

columnistas, lo mismo que el "Maestro" García y Carlos Concha Pérez (de los Pérez de Estocolmo, según él) y porque "Crónica" me abrió sus puertas el 17 de mayo de 1958, cuando su director era Emilio Filippi Muratto, actual Embajador en Portugal, que después me llamó a colaborar en "El Sur", cuando reemplazó a don Armando Lazcano Herrera, toda una institución dentro del periodismo penquista.

Claro que la pena me duró doce años, porque no hace ni un par de meses que reapareció "Crónica", remozada y muy madrugadora, eso sí, porque el tiempo se llevó esa bohemia de "buena ley" que cultivaron Eduardo Moreno Espíldora y Alfredo Pacheco Barrera, los dos grandes periodistas que fundaron el vespertino concebido por don Aurelio Lamas Ibieta.

## EL CUARTO CENTENARIO

Sería el colmo de todos los colmos , escribir este "capitulillo"- como dice Volodia Teitelboim, uno de los pocos intelectuales de verdad que nos van quedando- recurriendo al "lenguaje de la primavera que por las calles de Concepción asoma". En otros tiempos, sí que lo empleaban los poetas en sus inspirados cantos a las reinas, que recitaban en esas inolvidables veladas de los años '30, en el viejo Teatro Concepción.

La organización de las Fiestas de la Primavera, corría entonces por cuenta de la Federación de estudiantes, presidida en aquella época por el alumno de Derecho, Raúl Rettig Guissen, que se convertiría en el primer Subsecretario del Interior del gobierno de don Pedro Aguirre cerda. En una de las más recordadas, fue elegida la joven Graciela Coddou, ya fallecida, y con la que el dirigente contraería matrimonio.

El terremoto del 39, cortó esa tradición y sólo diez años después el centro de la ciudad volvió a llenarse de carros alegóricos ,



comparsas, chayas, serpentinas y ensordecedores pitos llamaron a los penquistas a sumarse a la alegría juvenil. El 49, la alumna del Colegio del Sagrado Corazón, Flor María Aninat Spoerer- tía del "mago de las finanzas" de Frei- fue elegida reina con los votos de sus compañeras y familiares y de los "educandos" de los Padres Franceses, entre los que yo me contaba. En cierta manera, esas fiestas fueron un "preludio" de las celebraciones del Cuarto Centenario de Concepción, justo a mediados de siglo. Claro que, en esa ocasión, el "cetro real" correspondió a la bella angelina Carmen Escobar de la Maza.

Ahí sí que Concepción "echo la casa por la ventana". Y no era para menos. Los universitarios le sacaron "punta al ingenio", en muchas trasnochadas en el "Castillo" y otros lugares de dudosa reputación. Del Barrio, salió un buen día un cortejo fúnebre rumbo a la Plaza de Armas, y en respetuoso silencio los penquistas siguieron su paso. En pleno centro, se detuvo la carroza y, en medio del espanto general, descendió el "muertito", diciendo a quién quisiera oírle que había "vuelto de otro mundo, para no perderse las fiestas", o algo muy parecido. El "difundo" no se llamaba Matías Pascal, como en la obra de Pirandello,

sino Alvaro Zemelman, más conocido como "Morfeo", y cuya alargada figura se prestaba a las mil maravillas para una broma así que dio mucho que hablar a los penquistas de ese tiempo y a los que participaron en ella como "dolidos deudos".

La autoría de la idea, perteneció, entre otros, a Eduardo Furet- compañero de Zemelman, en la Escuela de Química y Farmacia- y a Jorge Rivera de la Barra, eterno estudiante de Leyes. El también desaparecido "Coke", fue principalísimo animador de cuanta fiesta y velada se realizó en esos pícaros años en Concepción. Y también, no hubo desfile contra la autoridad en la que no participara, cuando se alzaba el precio del pan o de los microbuses.

En una de esas manifestaciones frente al mismísimo Palacio Provincial, los representantes de la ley perdieron definitivamente la paciencia al oír gritar a nuestro buen amigo que "el Intendente se acuesta con mi mamá". En menos que canta un gallo, lo sacaron sin buenas maneras de circulación y lo condujeron "a lumazo limpio" a la Cuarta Comisería. Cuando el teniente de

guardia le preguntó a los funcionarios el por qué de la detención del "jovencito" de marras, éstos le repitieron textualmente la increíble acusación del atrevido manifestante.

Claro que la sorpresa fue enorme, al retificar "Coke" la acusación, e identificarse carnet en mano, para que comprobaran que no había cometido desacato alguno contra el señor Intendente. Uno de los que más rió con la "gracia" del estudiante, fue el señor Rivera Parga, que era tan bromista como su primogénito.

Volviendo al Cuarto Centenario, coincidió este acontecimiento con la inauguración de la Siderúrgica de Acero de Huachipato, a la que concurrió Gabriel González Videla con todo su gabinete. Ya no era Intendente de la Provincia don Jorge Rivera Parga. En su reemplazo, el gobernante había designado a la abogada Inés Enriquez Frödden, la primera mujer que accedió a ese cargo y correligionaria del mandatario, desde luego. El que sí no era radical, era el alcalde de Concepción, Leocadio Cifuentes Saravia. Rompiendo la tradición ferroviaria, gremio al que pertenecía, "don Leuca" militaba en el Partido Liberal. Ambas autoridades, como correspondía, presidieron los actos de tan



brillante aniversario, junto al Arzobispo Alfredo Silva Santiago, al General Arístides Vásquez Ravinet y a don Enrique Molina Garmendia, rector de la Universidad de Concepción.

La inauguración de Huachipato significó, entre otras cosas, la virtual "toma" del muy elegante restaurant "Don Quijote" por los técnicos yanquis de la Usina, los únicos que podían entrar al local vestidos de vaqueros y muy estrafalarios, porque a los penquistas se les exigía terno y corbata. Naturalmente, la excepción se hacía por razones "de peso", digamos.

En esa oportunidad, se inauguró también la Diagonal Pedro Aguirre Cerda, donde los jóvenes- y quienes ya no lo eran tanto- bailaron hasta que las velas dejaron de arder, a los compases de la orquesta del maestro Adriano Reyes, director de la Banda del Regimiento Chacabuco y compositor de piezas tan populares como el "Baión Penquista". En esos bailes, se armaron y deshicieron romances. Uno de los galanes más codiciados era Alvaro Salvadores, por su extraordinario parecido al Tyrone Power de "El capitán de castilla", que acababa de estrenarse en el Cine Explanade.

A la inauguración de Huachipato y de la Diagonal, siguió la de la Población Vidrios Planos, en la parte alta de Lirquén, donde vivieron familiares míos muy queridos- los Moena Moreno- y donde también nació la menor de mis hijas, Paula Javiera Fuentealba Chávez. Como la popularidad del gobernante ya no era la misma con la que había llegado a La Moneda , los obreros interrumpieron su discurso, gritándole "¡Pisagua, Pisagua!", y con ese nombre, fue rebautizada la Población. Para recuperar los aplausos, el Presidente "liberó" de los exámenes a quienes se presentaban con nota tres y muchos liceanos respiramos aliviados.

Había en ese tiempo una gran camaradería entre liceanos y estudiantes de la Universidad de Concepción, acrecentada en la existencia diaria y en la participación en sonadísimas fiestas y en vocingleras marchas políticas conjuntas. Sí, porque el "bichito" de la inquietud social picaba muy tempranamente entonces, y las asambleas estudiantiles eran campo propicio para la formación de líderes. Dirigentes universitarios, como Salomón Corbalán González o Jaime Suárez Bastidas, el "Flaco" Suárez, llegaron más tarde al Senado de esta República, así como David Tejada de Rivero, -el apuesto aristócrata

"aprista" de la Escuela de medicina- se convirtió primero en diputado y después en Ministro de Salud de su camarada Alan García.

De las veladas universitarias de ese período, también salieron cotizados intérpretes actores. Como el "Morfeo" Zemelman, protagonista de la macabra broma aquella o el popular Tennyson Ferrada, que estudiaban Farmacia y los textos de las obras del naciente Teatro Universitario, poque les atraía fuertemente la farándula. Lo mismo que a los hermanos Duvauchelle, a las Escámez, a Brisolia Herrera y a Gaston von dem Bussche que, con ellos y otros actores, prestigiaron al conjunto.



## **DON BERNARDO EN EL LICEO**

Como compatriota suyo, me dolió profundamente la muerte de Bernardo Leighton Guzmán. Y yo lo digo con toda franqueza, y sin el menor ánimo de hacerme simpático a nadie, ni menos, al partido que contribuyó a fundar y al que perteneciera hasta su desaparecimiento.

Muy lamentablemente, por cierto, porque don Bernardo fue una de esas vivas monedas que nunca se volverán a repetir dentro de la política chilena. Y de la que ya quedan muy pocas, y quizás, bien puedan contarse con los dedos de una mano.

Pudo haber sido senador, pero prefirió no ascender a la Cámara Alta, aunque capacidad intelectual y moral, aparte de la electoral, le sobraban. Como ministro del Interior de su entrañable amigo Eduardo Frei Montalva, se desempeñó varias veces como vicepresidente de la República. En mayo de 1973 juró por tercera vez una diputación, ganada con holgura, al igual que las anteriores.

Parece que como diputado se sentía más cómodo que en otros cargos. A los 26 años, y cuando militaba en la Juventud Conservadora, fue ministro del Trabajo de don Arturo Alessandri. Ocurrieron los hechos de la "Torres de Sangre", que le costaron la presidencia a Gustavo Ross Santa María, y la quema de "Topaze", y Leighton renunció a esa Secretaría de Estado. Después, como falangista contribuyó al triunfo del "maestro de Pocuro", como se le llamaba al ex gobernante Pedro Aguirre Cerda.

Leighton pudo haber vuelto al gabinete, cuando la Falange nacional se "cuadro" con el sucesor de don Pedrito, que, como bien sabemos, no fue otro que el ex regidor y ex alcalde penquista, Juan Antonio Ríos Morales. Pero el Ministerio de Obras Públicas, que le fue ofrecido a esa colectividad, lo ocupó su compadre Eduardo Frei Montalva.

Don Bernardo optó por continuar haciendo su "trabajo de hormiga" como dirigente de su partido, que -a comienzos de los años '50- no pasaba de cuatro parlamentarios, Frei, en el Senado, y Carmona, Rogers y Palma en la Cámara Baja. Así pudo obtener un quinto, cuando Radomiro Tomic

reemplazó en la senaturía por Tarapacá y Antofagasta al desafortunado Pablo Naruda.

Por esas vueltas de la política Tomic, elegido como opositor al gobierno radical de González Videla, se convirtió, a los pocos meses de haber jurado en el cargo, en parlamentario gobiernista. Y todo, porque don Gabriel "desahució" la Concentración Nacional, con conservadores y liberales, y una fracción democrática, y armó un nuevo equipo, que se denominó, de Sensibilidad Social.

Y ese núcleo sirvió de base a la campaña presidencial del "delfín" de don Gabriel, que no fue otro, que su correligionario Pedro Enrique Alfonso Barrios. Al nuevo gabinete se incorporaron el conservador social-cristiano, Jorge mardones Restat, en la cartera de Salud, e Ignacio Palma, que ya había dejado el Congreso, y don Bernardo, como ministro de Tierras y Educación, respectivamente.

Corría 1951 y, en verdad, faltaban pocos meses para la elección del año siguiente, que ganaría Carlos Ibañez del Campo, "a galope tendido". Don Pedro Enrique remató tercero, después de Arturo Matte



Larraín y por sobre Salvador Allende Gossens, que ya empezaba a mirar hacia La Moneda.

No permaneció largo tiempo don Bernardo como ministro, porque González Videla concluyó su gobierno, con un gabinete de "administración" -o sea con políticos disfrazados de técnicos- pero, en ese período, Leighton llegó a Concepción. Y silenciosamente, sin estrépito alguno, como era su costumbre, hizo una visita dominical al Liceo de Hombres. Los internos nos disponíamos a salir cuando divisé en la portería nada menos que al ministro, al que mis compañeros no conocían. Su intención era hablar con el Rector. Ya había jubilado don Julio Sáez Morales, y ejercía la subrogancia el profesor Rodolfo Zañartu Arratia, que vivía en la primera cuadra de Caupolicán, "a la vueltecita, no más", del establecimiento. Me ofrecí para ir a buscarlo, y don Bernardo ni siquiera quiso esperarlo en su oficina para recorrer el local, seguramente para imponerse de sus necesidades. Cuando toqué el timbre, don Rodolfo pensó que se trataba de una broma, por ser domingo. Convencido después de que jamás un alumno se permitiría una semejante acción irrespetuosa, se vistió presuroso y acudió a saludar al ministro, quién agradeció afectuosamente mi "buena

voluntad". Ese episodio lo "traigo a cuento" ahora que este chileno ejemplar nos ha dejado, aunque mucho ya se ha escrito recordándolo. Excúsenme, pues.

## FABRICANTES DE ANÉCDOTAS

En el tiempo transcurrido entre los dos terremotos "grandes", corrieron de boca en boca anécdotas de personajes que forman parte de la Historia Oficial o no de la ciudad. Desde el "Pancho Poleo", que vendía yerbas en invierno y helados en verano, hasta el Mayor de Ejército en Retiro, Armando Alarcón del Canto, que fue diputado por la provincia y también Intendente. A este caballero con nombre de población -hay una bastante populosa que lo perdura- le decían "el pulgón de las Manzano", por haberse casado con dos hermanas de este apellido, y muy bien dotadas en cuanto a tierras se refiere, por lo que el dos veces viudo militar y político las dedicó al cultivo de esta fruta.

Y si de tierras se trata, don Francisco Rodríguez de la Maza las había poseído en abundancia en Los Angeles, hasta que las ruletas de los casinos europeos le jugaran malas pasadas. Para reponer su fortuna y porque la joven era muy agraciada, casó ya treintón con la única hija de don Rosamel del Solar, dueño de medio Chiguayante, según se



decía, y Alcalde de esta comuna. Lo malo fue que don Pancho, como le llamaba todo el mundo, no "sentó" nunca cabeza y dilapidó en los "tapetes verdes" la herencia de su distinguidísima esposa.

Aunque de riquezas sólo le quedaba el recuerdo en el tiempo que hablamos, don Francisco no abandonaba la elegancia en el vestir que siempre lo había caracterizado, ni mucho menos, su espíritu burlón. Diariamente, acostumbraba pasear por el centro de Concepción, buscando compañía, mientras jugaba con su baston y saludaba a los desconocidos con su estentórea voz. Con fama de galante, ninguna dama rehusaba su invitación a dar una vuelta a alrededor de la plaza.

Al pasar frente al viejo "Palet" el de la señora Pura Claramut le preguntó en una ocasión a una dama de rimbombantes apellidos, si lo acompañaría a servirse un aperitivo, lo que ella aceptó de mil amores. Gentilmente, entonces, la tomo de un brazo para cruzar la calle y entró con ella al elegante bar del establecimiento, repleto de gente al mediodía. Lo que jamás imaginó su acompañante fue que, con su fuerte vozarrón, don Francisco pediría "una sangría para

arreglarle el cuerpo a la Teruca Riofrio Plaza de los Reyes", como la llamaremos, y que no se repuso tan luego del horrible bochorno. Por supuesto que nunca volvió a aceptarle ni la más inocente invitación al señor Rodríguez de la Maza, ni tampoco, a pisar el bar del "Palet".

Por esos mismos años, había un Ministro de la Corte de Apelaciones más temido por un mal genio que simulaba, que por sus sentencias. Con esa fama, los abogados recién recibidos y los funcionarios judiciales acudían temblando a su despacho, cuando debían consultarle algo o satisfacer algún pedido suyo. El magistrado aparentaba preocupación por el nerviosismo de sus subalternos, y los invitaba a acomodarse en su regio sillón para que se tranquilizaran y hablaran sin temores. Pero, al momento de sentarse, el sillón de marras emitía ruidos que parecían provenir del vientre de sus víctimas, por lo que fingiendo un terrible enojo, el Ministro les señalaba la puerta, gritándoles a voz en cuello que "fueran a ensuciarse a otra parte, que esa falta de respeto les costaría muy caro, en fin". Muy respetuoso, en cambio, con las damas, las atendía cortesmente, y él mismo les colocaba una silla que, por cierto, no emitía ruido alguno cuando ellas se sentaban.

El escenógrafo Raúl Aliaga -compadre del ex Rector David Stichkin- al que sus colaboradores llamaban "rey David" a sus espaldas- tenía una muy merecida fama de concluir a última hora sus trabajos, y el mismísimo día del estreno de "Población Esperanza", con la que tantos aplausos cosechara el Teatro Universitario, en 1959, el director Pedro de la Barra descubrió horrorizado que el decorado estaba "a medio pintar" todavía.

Sin poder contenerse, puso de "vuelta y media" a Aliaga delante del elenco, y como éste intentara una excusa, lo interrumpió con una andanada de "chilenismos", que concluyó con la amenaza de mandarlo violentamente al otro mundo. Y para hacer más reales sus propósitos, tomó un revólver y Raúl huyó despavorido por la larguísima escalera de caracol que conducía a la "parrilla" del enorme escenario del viejo Teatro Concepción.

Nada podían las súplicas de los actores universitarios, implorando a Pedro que no cometiera un crimen, ni los ruegos destemplados de Aliaga para que le perdonara la vida. Cuando, por fin, de la Barra le dio alcance, el griterío era ensordecedor y todos daban por hecha una desgracia. De pronto, el



pánico se convirtió en nerviosas carcajadas, al descubrir el potencial "victimario", entre interjecciones de grueso calibre, que el arma era "a fogueo", porque formaba parte de la utilería de la obra de Isidora Aguirre y Manuel Rojas. El único que no recobró tan rápidamente el aliento fue, por cierto, Raúl Aliaga. Pero a partir de ese día, entregó con rigurosa puntualidad las escenografías encomendadas por su jefe y ex-amigo, desde entonces.

## El Autor y la Crítica

Sobre "VOLODIA TEITELBOIM, O LA CONTRA CULTURA DE LA MUERTE": "Es propósito del autor recopilar sus artículos en diarios y revistas, que parten en la "Voces" liceana de 1952. En este caso, una entrevista para "Atenea", en que el sujeto es conocido político comunista, escritor y crítico ligado a lo más medular de la literatura chilena de este siglo. Por ello, la conversación estimulada por preguntas certeras, "informadas", resulta un ensayo sobre literatura, oficio, obras y personajes". (Guillermo Chandía, La Gaceta de "El Sur", 19/02/95). "Luego de más de treinta años dedicados al periodismo cultural en las páginas de "El Sur" de Concepción, y a la actividad teatral, Sergio Ramón Fuentealba ha decidido publicar en forma de pequeños libros lo que considera más perdurable de su obra dispersa. Comienza su proyecto con "Volodia Teitelboim, o la contra cultura de la muerte" (Ediciones Ánfora, Concepción, 1995), que es una larga -y aguda- entrevista" (revista "Punto Final", mayo 1995).

Acerca de "GONZALO ROJAS, POETA EN SU TORREÓN": "Sergio Ramón Fuentealba, activo hombre de letras y columnista de Diario "El Sur", nos ha sorprendido por segunda vez, con una semblanza, esta vez, de Gonzalo Rojas, un poeta que vive entre nosotros. La primera fue sobre Volodia Teitelboim, un narrador y ensayista, que nació y también vivió entre nosotros. La calidad de las respuestas, acorde con la bondad de las preguntas, han dado solidez a un trabajo que puede servir de base a cualquier estudio posterior sobre el poeta entrevistado" (Carlos René Ibacache, "La Discusión" de Chillán, 12/07/95) "El arte de la entrevista radica en la visión y en la inteligente conducción del entrevistador para hacer hablar con sinceridad, en forma abierta y realista, sin evasiones, al entrevistado. No es fácil, entonces, lograr una buena entrevista que no se quede en lo fútil o en la mera superficialidad, sino que sea capaz de llegar a la intimidad, a la profundidad del pensamiento de aquel a quien se interroga. "Gonzalo Rojas, Poeta en su Torreón" se titula una breve publicación de la que es autor Sergio Ramón Fuentealba, antiguo y conocido colaborador de diario "El Sur", que precisamente ha sabido cultivar este género. Como se puede concluir, el poeta Gonzalo Rojas es el entrevistado,



cuyas respuestas consigna Fuentealba en su escrito, en que va obteniendo profundas reflexiones en la respuesta a preguntas aparentemente sin gran fundamento, pero que se van hilvanando, convirtiéndose en una unidad valiosa. El tema de la revista de Sergio Ramón Fuentealba se va tejiendo en pocas y ágiles páginas, revelando el sentir del poeta, sus juicios y apreciaciones, directas, categóricas. Así, en una y otra pregunta, y en las distintas respuestas, va surgiendo también en forma amena un poco del recuerdo y de la historia del Concepción de las décadas de los cincuenta o sesenta y su comparación con la ciudad de hoy" (Justus, "El Sur", 05/08/95).

983.8339  
F957c  
(AHC)

1026

Frentealba, Sergio Ramón

Cronicas penquista

Fecha  
Devolución

NOMBRE

1026

Frentealba, Sergio Ramón



## Sergio Ramón Fuentealba: Trayectoria

Director-Fundador del Grupo Libre de Arte (Concepción, 1952); Teatro La Pequeña Compañía (Concepción, 1962); Teatro Universitario de Chillán (1967); Teatro de los Estudiantes Universidad Técnica del Estado (Concepción, 1969), y Teatro del Litoral (Tomé, 1986); realizador de programas en emisoras universitarias y culturales; colaborador del diario "El Sur", desde 1958, y autor de "Volodia Teitelboim, o la contra-cultura de la muerte", y "Gonzalo Rojas, Poeta en su Torreón", publicados durante el primer semestre de este año, respectivamente.



01026AHC

CRONICAS PENQUISTAS  
Presente edición del autor e  
IMPRESOS CONCEPCIÓN Ltda.  
Registro Propiedad Intelectual  
Inscripción N° 94.213  
(Foto de Claudia Arrizaga)